

el fenómeno engañoso ; y que solo la razon conoce lo verdadero y real. Y acaso precisamente del cuidado que los Eleáticos ponian en distinguir la idea de las cosas sensibles, y de haber advertido que aquella tiene en sí misma las cosas en su forma archetípica, procedió la acusacion que se les hizo de panteísmo. Meliso, célebre capitan y magistrado, negó á los cuerpos las dimensiones del espacio.

Si las dos escuelas que acabamos de nombrar indagaron en qué discrepaban las sensaciones de las cosas, Zenon, fervoroso defensor de la libertad, llevó mas adelante la indagacion con sutileza; mostrando que si las cosas exteriores fuesen tales como las sensaciones las retratan, estarian llenas de absurdos y serian imposibles. Este filósofo, enseñando en Atenas, mas bien logró rebatir el sistema del realismo empírico, que probar el suyo del ideal. Pero llevó al exceso la idea fundamental de la escuela eleática, y negando la posibilidad del movimiento, abrió el camino al escepticismo, y fundó la dialéctica. Desde entónces quedó ilustrada una verdad que el tiempo confirmó, á saber, que cuando se pone en duda la existencia de las realidades finitas, existencia que se deja sentir por sí, es imposible llegar á demostrarlas.

Como tal negacion repugnaba á las creencias inherentes á la naturaleza, siguióse de aquí una reaccion, y la verificó Leusipo, proclamando elementos de la realidad ciertos corpúsculos indivisibles y eternos, por cuya fortuita combinacion se formaban los cuerpos. Véase aquí, pues, reemplazada la unidad infinita por la infinita pluralidad. Sostívola Heráclito de Éfeso, llamado el oscuro y el lloron, el cual estableció leyes que fueron fecundas en consecuencias para Platon y los estóicos.

Con su carácter sombrío contrastaba el genio burlon de Demócrito de Abdera, el cual suponía arreglada la naturaleza por una ley de necesidad, y que de los cuerpos emanaban ciertos ídolos que venian á imprimirse en nuestros sentidos, dando origen á las sensaciones y al pensamiento. Este fué el primero que aplicó la filosofía materialista á la moral, pues no habiendo mas que átomos en el universo, debía desaparecer toda nocion absoluta de lo justo y de lo santo, y no quedar mas que un cálculo de gozes. En efecto, Democrito ponía la suprema dicha en la igualdad del ánimo. Su discípulo Metrodoro de Chio proclamaba, que ni aun sabía que no sabía nada. Diágoras, liberto de aquel, fué desterrado de Atenas por haber escrito que no sabía si los dioses existian ó no. Por el contrario, Anaxágoras de Clazomene, amigo de Pericles, queriendo rectificar las creencias, no buscó principios imaginarios, sino que vió en el universo una causa final, y una mente ordenadora.

Combatiendo, pues, unos las ideas, y otros las sensaciones, introducian la duda en los animos; sin embargo, aquellos varios sistemas estimulaban á reflexionar sobre la naturaleza

del pensamiento y de la intuicion. Y aunque apenas se advertia el contraste entre los productos de la observacion y los de la inteligencia, se conoció la necesidad de la lógica. A esta necesidad ocurrieron los sofistas, acostumbrando á sus discípulos al análisis sutil y á los métodos de discusion; pero, al parecer, no estudiaron la razon humana mas que para armarla contra sí misma, poniendo la experiencia en oposicion con la filosofía especulativa, é infamando así sus nombres con pretender suprimir toda diferencia entre el error y la verdad, reducir todas las creencias á una simple opinion, y destruir de propósito la ciencia (1).

Górgias de Leontio, discípulo de Empédocles, sostuvo que no existia nada real, ni nada que pudiese ser conocido ni trasmitido por medio de palabras. Nada existe, y aunque existiera, sería imposible conocerlo; tal era su teorema, y lo probaba de este modo: — Si existe alguna cosa, esta es el ser ó el no ser, ó las dos cosas juntamente. Pero el no ser, no es posible, porque no puede haber nacido, ni haber dejado de nacer, ni ser uno, ni múltiple. Por otra parte, lo que es, no es posible que sea ser y no ser; porque si estas dos cosas fuesen á un mismo tiempo en cuanto á la existencia, serian una sola cosa, y si fueran una sola cosa, el ser, sería no ser. Si, pues, el no ser no existe, tampoco puede existir el ser; y si las dos fuesen la misma cosa, no serian dos cosas, sino una sola. Sin embargo, Platon creyó deber refutar este argumento en sus diálogos, prueba de que entónces no parecia tan frívolo y ridículo como hoy lo juzgamos.

Protágoras de Abdera fué el primero que recorrió las ciudades, dando lecciones por estipendio. Este filósofo limitaba todos los conocimientos á la percepción del fenómeno, y sostenía que no habia diferencia entre las percepciones verdaderas y las falsas, porque las cosas subsisten solo en cuanto el hombre las discierne (2); y es imposible al hombre llegar á un conocimiento de la verdad que baste á satisfacer sus necesidades. No eran estas cuestiones ociosas, pues que educaban á la juventud, acostumbrándola á embrollar á los ménos avisados, haciéndoles tener por única virtud el ingenio y la sutileza del discurso, y por supersticion las máximas morales. Feliz invencion de los legisladores llamaba Critias á las religiones; Pólo y Trasimeno negaban la diferencia entre el bien y el mal; Pródico acusaba á la naturaleza de haber con la vida hecho al hombre el presente mas funesto; Calcicles sostenía, que el único derecho era el del mas fuerte, y que las leyes eran el producto de la debilidad de los ménos, los cuales por pacto social habian fijado las

(1) JACOBI GEEL, Hist. critica Sophistarum qui Socratis aetate Athenis florere. Utrecht, 1825.

(2) Es verdad para cada uno lo que le parece tal: Το φαινόμενον ἐκάστῳ τοῦτο καὶ εἶναι ὃ φαίνεται; por consiguiente toda opinion es cierta (πᾶσα δόξα ἀληθής). V. PLATON, Teeteto, y DIÓGENES LAERCIO, IX, segm. 51.

ideas de lo justo y de lo injusto. En suma, estos filósofos trataban el escepticismo, no con la gravedad de la ciencia para llegar por medio de dudas al descubrimiento de la verdad, sino como cosa de befa y juego para reirse como Mefistófeles de la nulidad de la razon humana; perjuicio incalculable en una democracia desenfrenada como la ateniense.

Pero como en la marcha de la humanidad hasta el error sirve de escalon al progreso, contribuyeron á él los sofistas, enriqueciendo y purgando el idioma, dando sagacidad y sutileza al pensamiento, acostumbrándolo á que no se dejara sorprender por defectuosos ratiocinios; y los sabios, para oponerse á sus ruinosas máximas, apuraron la inteligencia á fin de buscar un apoyo para la verdad, la moral y la religion.

Sócrates se hizo autor de esta reaccion, le cual, viendo la necesidad de volver á dirigir la filosofía hácia un objeto alto y práctico, puso la mira especialmente en el lado moral de la ciencia, de manera que su doctrina puede definirse teoría de la virtud. Refutando la desconsoladora superficialidad de los maestros de aquella época, ocupados únicamente en destruir, consolidaba las ideas de lo bueno, de lo bello, de lo noble, de lo justo, y de todo lo que procede de Dios y encamina á Dios. De las argucias de los sofistas apelaba al sentido moral de la humanidad, exponiendo sus pensamientos de una manera popular, é imitando (segun decia) á su madre que no paría, pero ayudaba á parir. En efecto, su método consistía en sacar de la memoria de cada uno, por medio del diálogo, las ideas que en ella estaban impresas, ó hablando con mas propiedad, los principios de su creencia natural por medio de induccion y analogías (1). A esto no hubiera podido llegar sin haber meditado profundamente sobre sí mismo, cuyo conocimiento, y el dominio sobre las pasiones, eran en su concepto los fundamentos de la suprema felicidad, que consiste en conocer el bien que estamos obligados á practicar, y en dirigir á él nuestros actos. Por esta razon decia que la virtud y el bienestar eran inseparables, y que el mejor homenaje á la Divinidad consistía en las buenas acciones y en el asiduo esfuerzo para practicar el bien posible, segun nuestras facultades, en tanto que subsistamos en este destierro que se llama vida. Decia tambien, que era hermoso regresar desde este destierro á la verdadera patria; pero que el hombre no podia librarse de él violentamente, si no lo llamaba el que en él lo habia colocado.

Diciendo Sócrates que lo que está sobre nosotros, nada tiene que ver con nosotros, pagó un

(1) Sócrates decia: Saber es acordarse, y lo probaba por medio de un muchacho á quien haciéndole preguntas diestramente combinadas, se le obligaba á afirmar verdades superiores á su capacidad, y hasta los mas elevados teoremas geométricos. Parece que el gran dialéctico andaba equivocado, pues la legitima consecuencia de su experimento es que el hombre se halla dotado de la facultad de juzgar.

tributo á la escuela jónica de la que procedía, y pareció excluir la metafísica, en vez de indagar las razones que hasta entónces se habian opuesto á sus progresos. Mas al declarar vano el sistema de los Eleáticos, ¿lo habia refutado? Los ánimos especulativos ¿podian darse por satisfechos con aquella idea indeterminada de Dios? ¿No debía volver la dialéctica espontáneamente al orden de ideas de las que el alma está tan deseosa? En esto, pues, no podemos alabarlos, si es que no lo hizo con la intencion de popularizar la ciencia y desarrollar únicamente el sentimiento moral interior. Sin embargo, su misma dialéctica, de la cual tuvo necesidad para definir bien las cosas morales, lo condujo á establecer una distincion entre las ideas y las cosas sensibles, y probar científicamente lo que Pitágoras habia ya enseñado (1). Por esto reconoció la existencia de Dios y lo hizo autor y sosten de las leyes morales, añadiendo que el alma se aproximaba á él por medio de la razon. No dándose luego por satisfecho de la alta filosofía, referiase á un demonio, familiar suyo, ya sea que con él quisiese indicar la conciencia, ó alguna cosa quizá mas elevada. Se ha utilizado sobre esta expresion y se ha dicho que Sócrates no le llamaba demonio sino algo de divino (θεῖον); distincion mas sutil que verdadera. Lo cierto es que frecuentemente él mismo hace mencion de aquel demonio suyo, y hasta en su Apología afirma que muchas veces le hablaba y nunca le impelia á ningun acto, ántes bien le detenía en muchos.

Los hombres elevados son religiosos: la mera razon puede hacer á un hombre honrado; pero para ser grande es necesario el entusiasmo, y aquellas singularidades que los pequeños aparentan tener, se encuentran realmente en los grandes. « En Potidea (dice Alcibiades en el Convite) una mañana Sócrates se puso á meditar de pié é inmóvil: era ya medio dia; la gente lo miraba maravillándose de que permaneciera en éxtasis desde por la mañana. Al anochecer unos soldados jónicos, despues de haber cenado, sacaron allí su jergon para dormir al sereno y ver si Sócrates pasaria la noche en la misma posicion; y efectivamente permaneció en pié hasta la salida del alba, y habiendo hecho entónces su plegaria al sol, se retiró. Otros refieren que hallándose en muchas ocasiones de paseo con sus amigos, solia pararse y luego les decia haber oido al demonio: pareciale algunas veces que este le sugería lo que habia de decir, ó le recordaba alguna cosa.

¿Era impostura? ¿era debilidad? Por nues-

(1) Así nos mueve á afirmarlo Aristóteles, Metaphys. I. Sócrates trataba de las cosas morales y no de la naturaleza: aun en aquellas mismas cosas buscó lo universal, y primeramente se dedicó á dar definiciones ensalzándolo, precisamente porque por él podian definirse las cosas. Con este motivo vió que lo universal no podia pertenecer á las cosas sensibles sino á las diferentes (no sensibles), siendo imposible que hubiese una razon comun de alguna cosa sensible porque estas siempre cambian, y no son por eso susceptibles de una definicion comun.



tra parte respetamos la creencia de estas comunicaciones del hombre con los entes superiores, creencia que hallamos hasta en la cuna de la humanidad y que los siglos mas ilustrados en vez de negar se esfuerzan por explicar. Quizá nuestro siglo está dando un gran paso hacia la revelacion de estos misterios.

Sócrates se proclamó tambien ciudadano del mundo; mas esta palabra no fué entendida, porque no la filosofía, sino la religion, era la que debía anunciarla; ni era posible comprender la unidad del género humano, hasta que fuese comprendida la unidad de Dios.

Así, pues, la filosofía, la virtud y la felicidad consisten, segun Sócrates, en la posesion de la verdad, es decir, en la intuicion de las esencias, las cuales son la parte divina de las cosas ó sean los dioses, á quienes el alma, aun en esta vida, está unida por su naturaleza, si bien la separan de ellos los afectos corporales. Conocer y contemplar estos dioses es la virtud, y es felicidad la muerte que mas libremente deja al alma unirse á Dios. Hasta este último instante debe el hombre ejercitarse en desasir el alma del cuerpo contemplando las esencias, á lo cual encamina el filosofar, esto es, el vivir virtuosamente. De aquí se deduce que la filosofía, segun la doctrina de Sócrates, es el continuo ejercicio del morir, y que la virtud consiste en la contemplacion de las esencias de las cosas.

De este modo venía á confundir la accion con la contemplacion, el saber con el obrar, y la ciencia con la virtud. Esto comunicaba incertidumbre á sus nobles doctrinas, y venía á confundir la ciencia teórica y necesaria con la práctica y voluntaria. En vez de calcular el mérito del hombre en vencer los obstáculos corporales, fundaba la perfeccion moral en contemplar las esencias sin obstáculo ninguno (1); de donde resultaba que, no pudiendo todos adquirir la sabiduría, no todos tenían segun él la libertad de alcanzar la virtud, reducida á simple especulacion del entendimiento.

Sócrates tampoco afirmaba nada: por lo cual la sabiduría pagana, considerada en su mayor altura, nunca hizo mas que confesar que nada sabía. Además, suelen citarse aquellas palabras suyas: *Lo único que sé, es que no sé nada*, como para inducirnos á creer que era escéptico puro, y siéndolo no podia propender sino á la duda. Pero esta era la primera oposicion á los sofistas, cuyas dudas, como frecuentemente sucede, se resolvian en un dogmatismo petulante, hasta hacer alarde de enseñar cualquiera ciencia ó arte. Él, por el contrario, ninguna ciencia enseñaba, sino aquella que era necesaria para todas, esto es, el pensar bien, y el recto sentido. En realidad debía conocer qué cosa era el verdadero saber; y Platon (en el *Memnon*) afirma que distinguía la verdadera ciencia de la opi-

(1) Consin no halla virtud sino donde hay combate: Sócrates, por el contrario, no la encuentra sino cuando el combate ha cesado.

nion. Aristóteles posteriormente le atribuye el mérito de dos cosas: la prueba por induccion, y la determinacion general de las ideas (*Metaf.* XIII, 4); por lo cual puede decirse que fué el fundador del método científico en general.

Interrogado por Pedro acerca de lo que pensaba de la explicacion que los físicos de aquel tiempo daban á los mitos religiosos: «Eso, respondió, exige mas tiempo que el que yo tengo. «Estoy ocupado en cumplir aquel precepto del físico: *Conócete á ti mismo*, y quien esto hace no es posible que tenga tiempo para otras cosas. Cuidome muy poco de todas esas cuestiones, limitándome á creer lo que cree la multitud, y no me ocupo mas que en el estudio y en conocerme á mí mismo.»

El conocimiento de sí mismo no consiste solo en saber lo que se hace ó deja de hacer, sino en conocer su valor moral. Por lo tanto, aquel precepto del físico significa: *Conoce el valor científico de tus pensamientos, y así descubrirás que la ciencia humana es nada; pero que el hombre tiene conciencia de la certeza y verdad de las acciones morales y de cuanto concierne á la vida*. En semejante conciencia, la cual tambien nos revela que hay algo de divino que dirige á la materia, trató Sócrates de apoyar la ciencia. Examinando el lado racional, hallaba la unidad de la ciencia en la razon divina, y que lo material no tiene sentido ni valor si no se encamina á un objeto racional. Con esto amalgamaba la actividad moral con la científica. Blanco de la actividad moral era para él el discernimiento, y el verdadero discernimiento era el del bien, de la razon, y de Dios que rige al mundo. Por consiguiente, la virtud en la doctrina de Sócrates es una, esto es, la racionalidad, y nada de lo que se hace con razon es malo.

En las particularidades remitíase á las leyes del Estado, y á la vocacion especial que la Divinidad da á conocer á todos los hombres en particular.

Sentíase, pues, impulsado á excitar, no un movimiento parcial en algun ramo de la filosofía, sino un movimiento científico nuevo y completo, que se derivaba de la conciencia del saber general, y se extendía á todo lo que podia saberse. No desarrollaba ningun sistema de moral, pero fijaba su atencion en la actividad racional y en la conciencia moral del hombre: no dió una teoría de la materia y de la forma de la ciencia; pero enseñó su práctica, é inculcó este pensamiento vivificante, á saber: que el valor de cualquier conocimiento debe ser examinado únicamente segun su concordancia con la ciencia entera; que todo pensamiento debe explicarse á sí mismo y radicar en el conocimiento de sí mismo y de Dios. (RITTER.)

Sócrates habia desenvuelto insignemente el sentimiento moral, pero sin referirlo á principios ciertos, ni demostrar de qué manera obliga al libre albedrío. No quiso poner á este trabas con un sistema, por lo cual en vez de fundar

Sócrates.

una escuela, no procuró mas que inducir á pensar. La palabra *prudencia*, ó *sabiduría*, puesta por él como principio moral, era tan indeterminada, que no es maravilla que sus discípulos siguiesen diversos, y aun opuestos caminos, estableciendo y desarrollando de otro modo los problemas fundamentales de la humanidad. Jenofonte, Esquines, Simon y Criton, Atenienses, y Cébes, Tebano (1), se dedicaron á la moral. Antístenes, Ateniese, fundador de la escuela cínic; Aristipo, fundador de la escuela cirenaica, y Pirron de la escéptica, tomaron por objeto la ciencia. Eúclides de Megara, Fedon de Elide, y Menedemo de Eretria, se dedicaron á las teorías; solo Platon abrazó el pensamiento de Sócrates bajo todos sus aspectos.

Antístenes, virtuoso exagerado, fundaba la virtud en la abstinencia que nos hace independientes de las cosas externas: decia que lo bello era lo bueno, lo feo era lo malo, y todo lo demas indiferente: aconsejaba que se viviera segun la naturaleza, despreciando las convenciones sociales, y admitia un solo Dios. Sus discípulos exageraron su doctrina y se hicieron famosos por sus locas groserías. Diógenes de Sínope llevaba de una parte á otra un tonel en que vivía: satisfacía públicamente todas sus necesidades naturales: andaba de día por Atenas con la linterna buscando un hombre, y decia no haber encontrado ninguno en Grecia, sino solo chiquillos en Esparta. Crates de Tebas arrojó al mar todo su patrimonio (¿no tenía ni un amigo?); y cuando vió un muchacho que bebía con el hueco de la mano, desechó como superflua la única vasija que habia conservado. Su amiga Hiparquia lo imitó, abandonando su casa y todo por seguirle.

Aristipo de Cirene en África, al revés de los cínicos, fundaba la virtud en la armónica satisfaccion de todas las inclinaciones y en el mas prolongado goce. *Obra siempre de modo que te resulte la mayor felicidad*, era su moral; de aquí el egoísmo, pues ¿no sería locura el sacrificarse por otro?

Teodoro sacó la legitima consecuencia de esta doctrina, á saber: que no hay verdad, y que el hombre debe atenerse á las impresiones prácticas, y con arreglo á ellas proponerse por único objeto el placer. Pero Egésias preguntó: *¿Puede obtenerse perfecto placer?* y viéndose obligado á contestar que no, declaró que el hombre era de infelicitísima naturaleza, y que lo bueno no era la vida sino la muerte (2). Consecuencia que debia bastar para demostrarle el error de que partía; pero es costumbre de los discípulos aceptar como indudables los teore-

(1) La *Tabla*, ó sea cuadro donde estaba representada la filosofía se atribuía al Tebano Cébes, discípulo de Sócrates; mas ahora quieren otros que pertenezca á Cébes de Cizico, último de los estoicos, que vivió en época posterior á la de los Antoninos.

(2) Por eso fué llamado *Πεισιφύλακος*. Tolomeo tuvo que prohibir sus escenas, porque inducia á muchos al suicidio. CICERON, *Tusc.* I, 123.

mas del maestro, y extenderlos á consecuencias no previstas por él.

Quando se despoja al hombre de las ideas, dejándole meramente á merced de las sensaciones, fuerza es que caiga en el escepticismo. Del principio socrático de que la filosofía debe referirse á la virtud, dedujo Pirron la inutilidad de la ciencia, y aun la imposibilidad de alcanzarla, fundándose para esta deduccion en argumentos de los sofistas. Son burlas de sus adversarios el decir que creía ilusorias todas las imágenes, y que por eso no evitaba un hoyo, hablaba con sus amigos ausentes, etc. Acompañó á Alejandro en su expedicion, fué electo sumo sacerdote, y aquel rey lo condenó á muerte por haber pedido el suplicio de un sátrapa.

Timon de Mliunte sostuvo que toda ciencia era vana, pues que no daba el arte de ser feliz, y que se debía buscar el reposo inalterable del ánimo en la indecision de los juicios, y en el uso práctico de la vida. Los Pirrónicos de entonces y de ahora; habian reflexionado que reducido el hombre á las puras sensaciones, no se da tampoco una verdad práctica, relativa, variable, pues que sin ideas no se puede ni juzgar, ni hablar? ¿No consideraban, ó no consideran que su ciencia reduce al hombre ó á ser inconsecuente, ó á renunciar á los dones mas sublimes, el habla y la razon?

En Megara, adonde se habian refugiado los discípulos de Sócrates, fundó Eúclides una escuela, que como única realidad conservó de la cleática la unidad primera, pero la aplicó á la moral, considerando el ser absoluto como absoluto bien. Á esta escuela se le pueden asociar las otras dos de Elide y de Eretria, establecidas por Fedon y Menedemo.

El caracterizar, pues, la escuela de Sócrates como moral, no quiere decir que descuidase los demas conocimientos, habiendo por el contrario sus discípulos tratado de lógica, física y metafísica; pero ántes de él la física gozaba el predominio, y despues lo obtuvo la moral. Sin embargo, el que queria obtener completa la ciencia, conocía la necesidad de que abrazase tambien la naturaleza y la razon.

Hasta aquí puede decirse que el genio griego no hizo mas que tentativas para desenredarse del de Oriente y conocerse bien á sí mismo, caminando aun á tiéntas entre hipótesis y experimentos, sin plantear ningun gran sistema suyo. Pero hemos llegado ya al tiempo en que la filosofía pagana tocó á su apogeo.

Platon, natural de la isla de Egina, descendiente de Cadmo y de Solon, de fecunda y ardiente imaginacion, de juicio sólido y penetrante, de gusto exquisito, de corazon benévolo y vigoroso, fué educado liberalmente, y la amistad de Sócrates le enamoró de la filosofía. Ya hemos visto que esta se dividía en dos doctrinas, la una positiva y tradicional, y la otra racional y especulativa: de aquí nace la distincion que Aristóteles hace de los sabios en *teó-*

Pirrónicos.

340.

330

Megares.

400.

Platon  
429  
348.



*logos* y filósofos. Pitágoras, esto es, la escuela itálica, pertenecía á los primeros que se ocupaban en recoger y entender las verdades reveladas primeramente por Dios á los hombres; la jónica establecía por único fundamento el raciocinio. Desde Anaxágoras en adelante la filosofía racional propendió á unirse con la tradicional, lo cual se manifestó altamente en Sócrates, y se llevó á cabo por medio de Platon.

Este, dedicado como el maestro principalmente á la moral, no se satisfizo con la experiencia comun, sino que conoció la importancia de la filosofía especulativa. Pero mientras los sectarios de las otras escuelas no creían hallar la solución del enigma de la naturaleza mas que en el *yo*, en la experiencia y en la historia, Platon se remontaba sobre la realidad y la vida, y buscaba el conocimiento de la Divinidad en una revelación primitiva y en una interior reminiscencia. De los Pitagóricos aprendió á hacer caso de las matemáticas, y por estas quería que se principiase el estudio de la filosofía (1). Estudiando á los sofistas y á los eleáticos, vió que los principios de los conocimientos deben residir en el entendimiento, y que lo importante consiste en distinguir los fijos de los variables, los cuales se derivan de los sentidos, así como los primeros consisten en las ideas. Y precisamente á encontrar lo que hay de fijo é invariable en las cosas dirigía sus indagaciones. Así es que distinguió en el entendimiento una parte unida á la conciencia de la variabilidad, y la otra inalterable y necesaria; por lo cual estableció una separación entre el conjeturar y el saber, y afirmó que ninguna filosofía científica puede fundarse en la experiencia de los sentidos. Léjos de tratar de demostrar con las dos escuelas eleáticas la existencia de lo finito ó la de lo infinito, la admitió como condición esencial de la ciencia, y halló en el alma ciertas nociones innatas propias de la razón, que denominó *ideas*, tipos de las cosas y principios de nuestro conocimiento, á las cuales por medio del pensamiento referimos la infinidad de los objetos simples. Estas ideas son en su concepto preexistentes al alma, y la experiencia las desarrolla á medida que presenta las copias hechas á su

(1) Ya tomase este método del Egipto ó de los Pitagóricos, es lo cierto que envolvió frecuentemente sus doctrinas en números. El uno fue al parecer una misma cosa que el *ente*: por lo menos así lo entendía Parménides, según un célebre pasaje de Plutarco que dice: *ΟΝ μὲν, ὡς αἰδίων καὶ ἀφθαρτον, ΕΝ δὲ ὁμοίωται πρὸς αὐτὸ καὶ τῷ μὴ δέχασθαι διαφορὰν προσπαρορθεύσας (adv. Coloton)*. Por la refutación de Aristóteles sabemos que Platon en la *República* pretendía que ocurrían cambios en las repúblicas, cuando añadiendo la raíz cúbica del número de los años á un múltiplo del cinco, resultaban dos armonías; esto es, cuando el número de esta figura se hiciese sólido, pues entónces la naturaleza produce seres depravados, é indóciles á toda educación.

¿Qué quiso decir?  
Sabemos también que en la escuela de Pitágoras se juraba por el número cuatro; por lo cual dice Macrobio:  
*Per qui nostrae animae numerum dedit esse quaternum.*  
Este número era la mente, la ciencia, la opinión, el sentido (*νοῦν, επιστήμην, δόξαν, αἰσθησιν*). Aristóteles asegura que los números de Pitágoras son las ideas, *ὄντι εἶδη ἀριθμοί. Metaf. I, sec. X.*

semejanza: de modo que para el alma el saber es acordarse de un estado anterior á los vínculos del cuerpo. Que si los objetos de la sensación corresponden, por lo ménos en parte, á las ideas, debe haber un principio comun de esos objetos y del alma que tiene conocimiento de ellos, y este principio es Dios que formó los objetos por el modelo de las ideas. El alma, además, es una fuerza que obra por sí misma, y de su union con el cuerpo resulta una parte racional y otra irracional.

Habiendo distinguido tan claramente las facultades del saber, del sentir y del querer, hizo marchar á pasos agigantados la filosofía, en la cual introdujo la división de lógica, metafísica y moral.

En esta última buscó el bien supremo y la virtud, y pensó que se debía cuidar mas de corregir la política y las constituciones que de perfeccionar á los individuos. Aplicando su teoría idealista, ordenó que se obrase de un modo conforme á la idea racional del bien y solo por amor á la razón. La virtud que, en su teoría, consiste en el esfuerzo de la humanidad por parecerse á Dios, es una y se compone de cuatro elementos, sabiduría, valor, templanza y probidad. La educación es la cultura libre y moral del ánimo. La política, vasta aplicación de la ley moral, es la ciencia de unir á los hombres en sociedad bajo la vigilancia de la moral. Á esta se refieren sus cuatro diálogos el *Górgias*, el de las *Leyes*, el de los *Estados*, y sobre todo el de la *República*, en el cual disgustado de la constitución ateniense, propendió evidentemente á la monarquía; pero viendo, por otra parte, los vicios del régimen monárquico en Creta y en Esparta, formó una república ideal con los conocimientos adquiridos en sus viajes, y durante su permanencia en la corte de Dionisio de Siracusa (1).

Su constitución es una utopía no mas aplicable que otras muchas, pero que se propone un bello ideal para dirigir á él sus esfuerzos; y algunas aplicaciones parciales que se han hecho de este sistema redundan en grande honor suyo. No debe, según ella, aplicarse el castigo sino para mejorar ó hacer ménos infeliz al individuo, pues no están los tribunales instituidos para servir venganzas. No puede el reo ser castigado con la última pena, si no se prueba que ha tenido la mejor educación posible; y la infamia no debe recaer sobre sus hijos. El mayor mal de un Estado es que los tribunales, débiles ó mudos, oculten sus deliberaciones á los ojos del público, pronunciando las sentencias á puerta cerrada. La ley no debe aumentar la pena del hurto en proporción de la gravedad, sino en el caso de ser incorregible el que lo haya cometido. Tales son las doctrinas que Platon profesaba, el cual llegó á prever, que si sobre la tierra apareciese un ente soberanamente justo, sería preso, azotado y puesto en

(1) Véase principalmente el IX de las *Leyes*.

una cruz por los que, hallándose colmados de iniquidades, gozarían reputación de justos.

En tanto que las caprichosas y petulantes sociedades de la Grecia, alucinadas con su arbitraria libertad, se olvidaban de las leyes inmutables de la humanidad, y abandonaban la razón á los vaivenes populares, ó á brillantes sofismas, Platon proclamaba una justicia superior y eterna, el orden, la moral, Dios. Pero esta idea de Dios, de la humanidad y de la ciudad le fascinaba hasta el punto de no dejarle ver el valor del hombre, y le hacía conculcar la libertad individual, considerando á los individuos humanos como las plantas de un bosque, todas dispuestas para el único objeto de la hoz. Por eso su constitución prohibía divulgar ciertas verdades, estableciendo una aristocracia de la ciencia (1): consolidaba la esclavitud: si un ciudadano mataba á su esclavo, con purificarse quedaba absuelto; si el esclavo era ajeno, le bastaba pagar á su dueño el doble de lo que valiese; pero el esclavo que daba muerte al amo, tenía que sufrir cuantos tormentos se le quisieran dar hasta la muerte; y si el difunto era también esclavo, el verdugo debía azotar al agresor hasta quitarle la vida.

Niños y mujeres eran posesión del hombre, y quedaban privados de derechos personales, y puestos en comun como un patrimonio social: *Habrán personas*, decía, *destinadas á alimentar los niños, las cuales acompañarán á las madres á las cunas en tanto que tengan leche y cuidarán que ninguna pueda conocer á su propio hijo.* ¡Hasta tal punto desconoció el sagrado carácter de la mujer y su natural igualdad con el hombre! ¡Tan confusas se presentaban entónces, aun á los talentos mas sublimes, las ideas de lo justo y de lo honesto!

El mismo Aristóteles, que de un modo tan terminante señala los límites entre el hombre libre y el esclavo no hombre, refuta á Platon diciendo:

« En una sociedad civil, la benevolencia que está, por decirlo así, desleída entre todos, tiene que ser muy débil; y es casi imposible que un padre diga *hijo mio*, ni un hijo *padre mio*. Pues así como echando un poco de miel en gran cantidad de agua, se forma una mezcla que apenas tiene sabor dulce; del mismo modo lo que hay de individual y afectuoso en las relaciones indicadas por aquellas palabras se disipa y desvanece, porque de semejante comunismo nace inevitablemente que

(1) Distinguen algunos la filosofía de Platon en exotérica y esotérica. Sería importantísimo saber si la filosofía, aun en tiempos de Pericles, necesitaba envolver en el misterio las soluciones que daba á los eternos problemas del espíritu humano, y si por consiguiente la posteridad habría tomado por doctrinas suyas las que formaban solo la corteza. Pero el que lea los diálogos de Platon, no sabe qué es lo que haya podido ocultar, ni encuentra reticencia, ni palabra que le infunda sospecha de una doctrina reservada. Solo se habla de ella en las cartas, reconocidas por apócrifas, y por lo tocante á lo que Aristóteles llama opiniones suyas no escritas (*ἐν τοῖς λεγομένοις ἀγραφοῖς δόγμασιν*), debe entenderse lo que como ménos interesante manifestó oralmente.

» el padre se interese poco por sus hijos, los hijos por el padre, y el hermano por el hermano. Porque dos cosas contribuyen principalmente á despertar interés y adhesión en el corazón humano, la propiedad y el afecto (*τὸ ἴδιον, καὶ τὸ ἀγαπήτον*): ahora bien, ninguna de estas dos pueden subsistir en tal forma de gobierno. »

Sócrates se había reído del sofista que decía ser hermoso lo que causa placer á los ojos ó á los oídos. También Platon en el *Hippias* reprueba esta definición, y dice que lo bello es el esplendor de la verdad; que el placer, engendrado por el arte, que lo expresa, es de una naturaleza elevada, se une á lo verdadero y no puede ser sentido mas que por aquellos que tienen ciencia y virtud, y que el juicio de uno de estos vale mas que el de toda una muchedumbre. El objeto pues del arte, según Platon, es inducir al bien, mejorando y enaltecendo el espíritu é inspirando aquel amor que predispone á la virtud (amor platónico) (1).

Platon por tanto, escogiendo sus doctrinas entre los diversos filósofos, supo mantener cierto carácter de originalidad, y conducir las opuestas tendencias á un sistema armónico, en que la unidad se fundase sobre las ideas; y así reducía todos los motivos de nuestra actividad especulativa ó práctica á la misma importancia moral, y se estrechaba el lazo entre la virtud, la verdad y la belleza.

Valióse también del diálogo, como su maestro; pero no afectó el tono familiar de los demás discípulos de Sócrates; y en aquel no conoció rival, aunque con bastante frecuencia fué prolijo, y alguna vez no muy claro, ya por estudio de elegancia, ó porque estuviese muy presente en su memoria la cicuta de Sócrates. Sobre todo fijó su atención en las tradiciones, persuadido de que aun habiéndose gastado y desfigurado al pasar por la boca del vulgo, conservaban un fondo de verdad que el filósofo debía respetar; en tanto que el artista podía valerse de su forma para llegar á la elocuencia mas sublime. Continuamente manifestó gran desprecio á la muchedumbre popular, y proclamó la importancia que tiene la filosofía en oposición á las opiniones vulgares. Poeta siempre rico de arte y poesía, templó la audacia de sus pensamientos con la armonía y suavidad de las formas; abunda en tropos, alegorías, símiles y tradiciones, y causa admiración con su inmenso conocimiento de los hombres y de las cosas, unido al arte de la exposición, de un modo que hasta el presente no ha sido superado. Á su escuela asistían personas de gran categoría, pues que discutieron los antiguos sobre si había

(1) Sin embargo, estos dos epigramas atribuidos á Platon, prueban que entendía el amor en un sentido distinto del que hoy se llama platónico.

Ἀστέρης εἰσάθρει ἀστάρημος. εἶθε γενόμεν  
Ουρανός, ὡς πολλοῖς ὄμμασιν εἰς σέ βλέπω.  
Τὴν ψυχὴν Ἀγάθωνα φίλων ἐν χεῖλεσιν ἔσχον,  
Ἦλθε γὰρ τλήμων ὡς διαβροσμένη.